

# COVID-19, BRECHA GENERACIONAL Y TEMPORALIDADES CONTRADICTORIAS EN LA ESPAÑA DE LA PANDEMIA

LUIS GARZÓN  
(UNIVERSIDAD DE BURGOS)

## R E S U M E N

ESTE ES UN ARTÍCULO TEÓRICO DE REFLEXIÓN SOCIOLOGICA SOBRE LOS EFECTOS CONTRADICTORIOS EN LAS TEMPORALIDADES DE LA PANDEMIA DE COVID-19 EN LA ESPAÑA ACTUAL. A PARTIR DE LA TEORÍA SOCIOLOGICA DE LA IDEA DE LA “BRECHA GENERACIONAL” Y PARTIENDO DE LA CONSIDERACIÓN QUE EN ESPAÑA VARIOS ASPECTOS DEL CONFLICTO GENERACIONAL SE PUEDEN EXPLICAR POR LA LLEGADA TARDÍA A LA MODERNIDAD (ÁLVAREZ JUNCO, 2001). SE CONSTATA QUE EN ESPAÑA EN POCO MÁS DE UN SIGLO SE HA PRODUCIDO UNA RÁPIDA TRANSICIÓN DE LA PREMODERNIDAD A LA POSTMODERNIDAD. EN ESTE ARTICULO SE DISTINGUEN TRES TEMPORALIDADES DIVERGENTES ACTUALMENTE PRESENTES Y EN COMPETICIÓN EN LA SOCIEDAD ESPAÑOLA. 1) TIEMPO “NATURAL”: ES EL TIEMPO VIVIDO POR LAS PERSONAS ACTUALMENTE MAYORES DE 60 AÑOS (NACIDOS ANTES DE 1960), UN TIEMPO REGIDO POR ESTACIONES Y CICLOS VITALES, DONDE LOS PROCESOS SON CÍCLICOS Y, A LA VEZ INCONTROLABLES, “ES LO QUE HAY”. 2) TIEMPO “MODERNO”: ES EL TIEMPO DE LAS PERSONAS QUE ACTUALMENTE TIENEN ENTRE 30 Y 59 AÑOS (NACIDOS ENTRE 1970 Y 1989). ESTE TIEMPO ESTÁ MARCADO POR UNA SOCIALIZACIÓN EN LOS AÑOS DEL “DESARROLLISMO” Y PRIMEROS AÑOS DE LA DEMOCRACIA. LAS PERSONAS QUE FORMAN PARTE DE ESTE GRUPO CRECIERON Y FUERON SOCIALIZADOS COMO MODERNOS Y CUANDO LLEGÓ LA POSTMODERNIDAD (INICIO DE LA DÉCADA DE 1990) EXPERIMENTAN UN “SHOCK CULTURAL” CON LAS NUEVAS PRÁCTICAS. 3) TIEMPO “POSTMODERNO”: LAS PERSONAS NACIDAS A PARTIR DE 1990 VIVEN EN UN MUNDO CARACTERIZADO POR LA RAPIDEZ, DONDE LO ÚNICO CONSTANTE ES EL CAMBIO Y TODO LO DEMÁS HA DESAPARECIDO. EN ESPAÑA LOS CAMBIOS SOCIALES PRODUCIDOS EN EL ÚLTIMO SIGLO HAN SIDO MÁS RÁPIDOS QUE EN OTROS PAÍSES EUROPEOS. LA CONVIVENCIA ENTRE PERSONAS QUE VIVEN DIFERENTES TIPOS DE TEMPORALIDADES ES MUCHO MÁS FRECUENTE QUE EN LOS PAÍSES DEL NORTE DE EUROPA.

## PALABRAS CLAVE

COVID-19, GENERACIONES, MODERNIDAD, POSMODERNIDAD, ENVEJECIMIENTO, CUIDADOS

## 1. INTRODUCCIÓN

Este texto es un artículo de reflexión que analiza en perspectiva sociológica los efectos sociales de la irrupción de la pandemia de COVID-19 en la tan cacareada “brecha generacional” en España y su relación con los usos del tiempo. Debo precisar que aquí entiendo y analizo la “brecha generacional” como un hecho social. Es decir, no se trata de meras opiniones sobre el desajuste entre generaciones sino de un intento de análisis objetivo sobre las dificultades que se producen en las relaciones entre generaciones en España.

El concepto de generación ha sido analizado por la sociología desde hace más de un siglo. Uno de los pioneros de este análisis fue Karl Mannheim, en su texto de 1928, “The problem of generations”. Sin embargo, se ha señalado que la teoría de Mannheim puede ser difícil de aplicar al estudio empírico de la relación entre generaciones (Connolly, 2019). Para Mannheim, el punto decisivo en las generaciones sería que quienes comparten generación están “similarmente localizados” en el espacio social. Según Connolly, ni Mannheim, ni Norbert Elias, que también escribió sobre cuestiones generacionales, se preocuparon especialmente por establecer la duración que debían tener las generaciones. Connolly afirma que la generación del llamado “baby boom” ha sido de especial interés para la sociología de las generaciones (Connolly, 2019).

En nuestro caso, la generación del “baby boom” en España es la que nace en plena dictadura franquista, se educa en el sistema educativo del franquismo (por tanto, se educa en valores premodernos), pero experimenta el “desarrollismo” al poco de llegar a su vida adulta.

La rápida sucesión de pautas de vida premodernas, modernas y, en los últimos 30 años, postmodernas es uno de los factores distintivos de la relación entre generaciones en España en comparación con otros países y, como se argumentará a lo largo de este artículo, está en la base de los hechos sociales que configuran una particular “brecha generacional”. Problemáticas sociales y políticas tales como la sostenibilidad de las pensiones o, en el otro extremo

cronológico, las dificultades de las parejas jóvenes para desarrollar las labores de cuidado de los hijos al tiempo que tratan de sobrevivir a una competitividad laboral creciente ponen de manifiesto que el contrato social entre generaciones está en crisis en España. A todo ello se añade desde marzo de 2020 la irrupción de la pandemia de COVID-19.

Ningún análisis de los usos de la temporalidad y la relación entre generaciones en España estaría completo sin tener en cuenta una peculiaridad, que España comparte con otros países del sur de Europa como Portugal, Grecia e incluso, aunque en menor medida, con Italia. Dicha peculiaridad consiste en el hecho de que los países del sur de Europa han pasado de ser, fundamentalmente, sociedades preindustriales a principios del siglo XX a ser sociedades postindustriales a principios del siglo XXI. Ello distingue a los países del sur de Europa de los países de la Europa central y del norte que tuvieron una evolución progresiva a lo largo de los últimos doscientos años y que se situaron durante la mayor parte del siglo XX en la modernidad.

España, según el historiador José Álvarez Junco (Álvarez Junco, 2001) ha estado marcada desde principios del siglo XIX por la llamada “leyenda negra” que ha retrasado su llegada a la modernidad. La “leyenda negra” nos remite a el conflicto entre catolicismo e ilustración, que en España supuso la imposición del catolicismo más reaccionario, que logró retrasar la conversión de España en un país moderno. Este es uno de los factores explicativos de la pervivencia de formas de vida “premodernas” en España ya entrado el siglo XX.

El siglo XX español está caracterizado por cambios rápidos y convulsiones sociales importantes que derivan en diferencias profundas entre las generaciones. De hecho, se trata de diferencias generacionales más profundas que en ningún otro país de Europa.

Respecto a la relación con el tiempo, se distinguen en este texto tres temporalidades distintas en España, cada uno de ellos con unas implicaciones sociales diferentes. Estas tres temporalidades han experimentado además tres tipos de problemas sociales con la pandemia. Se trata de: 1) Tiempo

“natural”: el tiempo de las generaciones actualmente mayores de 60 años en España, 2) Tiempo “moderno”: el tiempo de las personas nacidas entre 1970 y 1990, que actualmente tienen entre 30 y 50 años, 3) Tiempo “postmoderno”: el tiempo de los nacidos a partir de 1991. A continuación, se examinan brevemente las características sociales de cada una de esas temporalidades y los efectos de la pandemia en éstas.

## 2. TIEMPO “NATURAL”

Las personas actualmente mayores de 60 años en España iniciaron su trayectoria vital en sociedades fundamentalmente agrarias. Tan solo en lugares como Cataluña y el País Vasco existía antes de la guerra civil un tejido industrial destacable. En el resto del territorio, la norma hasta la década de 1960, cuando las autoridades franquistas crean los llamados “Polos de desarrollo Industrial”, fue el trabajo agrícola, ya fuera en pequeñas explotaciones o en latifundios.

El trabajo en el campo tiene sus propios ritmos y rutinas, vinculados al paso de las estaciones y al trabajar de “sol a sol”. Las generaciones de mayor edad en España fueron socializadas en una concepción del tiempo que llamamos “natural”. En este marco temporal, es la naturaleza y no los seres humanos quien decide que se hace y como se hacen las cosas. La socialización premoderna, en sociedades con solidaridad mecánica (Durkheim, 1987), implica una concepción del día vinculada a la salida y la puesta de sol y una concepción del año ligada a la sucesión de las estaciones. Consecuentemente, implica no poder elegir lo que sea que se hace, puesto que las tareas a realizar vienen marcadas por la naturaleza. En este contexto, el tiempo es percibido como algo “natural”. Ello implica que no es posible para las personas alterar a título individual los ritmos de la vida. Se parte de la idea que los ciclos de la vida vienen fijados desde fuera y no se pueden controlar.

En el mundo del “tiempo natural”, la vida social estaba organizada en torno a ciclos “naturales” de trabajo y descanso. La inevitabilidad de estos

ciclos, así como el paso de unos a otros, hace que se conciba el cambio social como algo que queda fuera del alcance de los individuos. La capacidad de la acción individual o colectiva para cambiar el mundo se considera mínima.

La trama cultural característica del tiempo “natural” es la novela europea del siglo XIX, donde un personaje nacido en una zona rural va a la ciudad a probar suerte, pero es aplastado por los golpes de la vida, que destruyen toda posibilidad de un futuro exitoso en la “modernidad”. La novela realista del siglo XIX, en países como Francia o Reino Unido mostraba personajes aplastados por el destino, que no podían escapar a su origen. En España, novelas como “El árbol de la ciencia” de Baroja (Baroja, 2006) entrarían en esta corriente.

Las cohortes más jóvenes de esta generación en España, los nacidos entre 1945 y finales de la década de 1960, experimentaron ya en su vida adulta la plenitud de la modernidad, que en España tomó la forma del “desarrollismo”. Ello hace que se produzca una disonancia entre su vida material, que aumentó en prosperidad, y su vida social, que estuvo marcada por el desajuste entre las expectativas consideradas “naturales” y cambios sociales muy repentinos.

El cine español de las décadas de 1960 y principios de 1970 nos ofrece algunas historias que reflejan claramente esta tensión entre lo tradicional y lo moderno. Uno de los actores que mejor encarnaron esta problemática fue José Sacristán, cuya carrera como actor ejemplifica bien el paso de la sociedad premoderna (sus primeras películas), a la sociedad moderna (películas como “Miedo a salir de noche” (1980).

Este actor ha plasmado mejor que ningún otro el tipo ideal del hombre de la transición española, educado en valores tradicionales, pero a la vez deseoso de prosperar en la modernidad capitalista.

Confrontadas a la pandemia, las generaciones más ancianas han sido tanto las primeras afectadas como las mayores víctimas. El modelo de política social español está marcado, al igual que otros países del sur de Europa, por la subsidiariedad del Estado del bienestar (Mingione, 1994).

Para las generaciones que viven el “tiempo natural”, la subsidiariedad de las políticas sociales en un país como España provoca que a menudo la carga de los procesos de cuidado caiga en las familias. Es por ello por lo que a menudo las familias cuyos horarios laborales no son compatibles con las labores de cuidado, y que no pueden contratar a cuidadoras domésticas para que se ocupen de sus mayores, se ven impelidas a internar a sus mayores en residencias.

La conjunción entre subsidiariedad de las políticas sociales e internamiento de los mayores en residencias ha tenido consecuencias trágicas durante la pandemia. En los dos países de Europa occidental con una estructura social más envejecida, Italia y España, el COVID-19 ha impactado en un primer momento en las residencias de ancianos. Los primeros casos en España están vinculados a viajes realizados por personas de la tercera edad a zonas turísticas de España. En concreto, el primer caso de fallecimiento por COVID-19 en España corresponde a un ciudadano alemán que estaba realizando turismo en las islas baleares.

Las trágicas pérdidas por COVID-19 entre la población anciana de las residencias ponen de manifiesto las insuficiencias del modelo español de atención a la tercera edad. Además, cómo sucede en otros ámbitos de la política social en España, la atención a las personas mayores forma parte de un modelo descentralizado en el que las comunidades autónomas han establecido diferentes estrategias.

Por lo que respecta al impacto de las muertes por COVID-19 en residencias de la tercera edad, destaca en primer lugar Madrid y en segundo lugar Cataluña (Amnistía Internacional, 2020). El virus, por tanto, ha causado una mortalidad más elevada en las residencias de ancianos de las dos comunidades autónomas más urbanas. En estas comunidades el número de habitantes es mayor que en el resto. Aquí es necesario señalar que se trata del número de habitantes en general, tanto mayores, como de mediana edad como jóvenes. Ello alerta contra la fácil atribución del mayor número de muertes en residencias a la mayor población de edad avanzada. Si, es cierto que en Madrid y en Cataluña había

un número mayor de ancianos en residencias en comparación con otras comunidades autónomas, pero también es cierto que había mayor número de población joven con teóricamente posibilidad de atenderlos y cuidarlos. Y, sin embargo, el número de muertes ha sido mayor que en otras comunidades. ¿Qué ha ocurrido?

Aquí resulta relevante la reflexión sociológica. El número de muertos en residencias ha sido mayor en aquellas comunidades autónomas que, desde la crisis económica de 2008, han privatizado y externalizado en mayor medida sus servicios sanitarios (Amnistía Internacional, 2020). Según este y otros estudios sobre la relación entre política social e impacto del COVID-19, la mayor mortalidad no ha tenido que ver con el número de población anciana sino con la estructura del sector sanitario y de cuidados en estas comunidades autónomas. El informe de Amnistía Internacional España sobre esta cuestión señala que se tomaron medidas inadecuadas e insuficientes ante el virus que hicieron que el número de muertes fuera mayor que en otros lugares. En Cataluña se llegó a caracterizar como “fútil” el ingreso de mayores de 80 años en hospitales.

A las consideraciones relativas a la subsidiariedad de la política social es necesario añadir que el tiempo de los ancianos, en España, es, como ya hemos señalado, un tiempo “natural”. Ello implica en la práctica que la mayor afectación del virus entre las generaciones mayores ha sido percibida, entre parte de las generaciones más jóvenes, como algo “inevitable”. Encontramos aquí ecos del discurso que en ciertos sectores del partido republicano en Estados Unidos defendía la idea de “dejar morir a los ancianos” para que los jóvenes pudieran reactivar la economía.

Esto no ocurre no solo en España o Estados Unidos. Hace unos años, el ministro de finanzas japonés, Taro Aso, sostuvo en un polémico discurso ampliamente difundido que “los ancianos enfermos debían morir” para que los cuidados médicos que recibían no supusiesen una carga excesiva para la economía estatal (*El país*, 22 de enero de 2013). Es un hecho sintomático de las formas que toma

la desigualdad contemporánea el hecho que se atribuya a los ancianos representar una “carga” para las generaciones más jóvenes. Esto es notablemente diferente a lo que sucedía en el mundo premoderno y moderno, donde los ancianos eran valorados como una fuente de experiencia y sabiduría.

### 3. TIEMPO MODERNO

Las personas nacidas entre 1970 y 1990 viven sus vidas en el tiempo que se puede denominar cómo moderno. Cabe destacar que la magnitud de la generación que ha vivido la plenitud de la modernidad es menor en España que en otros países europeos, puesto que en nuestro país la transición de la premodernidad a la postmodernidad se ha producido de forma más veloz y menos progresiva que en otros países de la Europa central, como Francia o Alemania.

Según Solé (2000) la modernidad de un país se puede definir como un proyecto que parte de una élite educada autóctona para cambiar un país utilizando la educación y la cultura. El desarrollo de una trayectoria específicamente española a la modernidad, como hemos señalado antes, habría sido limitado por el poder de la iglesia católica (Álvarez Junco, 2001), lo cual sugiere que, en la mayor parte de lugares de España, el hombre y la mujer modernos no surgen hasta bien entrado el siglo XX.

La modernidad se puede definir también como el momento histórico en el que se busca ordenar racionalmente el tiempo, y de ahí surge el concepto, típicamente moderno, del “horario de trabajo”. Enrique Martín Criado y Carlos Prieto (2015) señalan que la distribución social de los tiempos está vinculada a la idea de la interdependencia, donde el uso del tiempo de unas personas está condicionado al de otras. Al aumentar la complejidad, cómo en el paso de las sociedades tradicionales a las sociedades modernas, aumentan también las interdependencias.

Martin Criado y Prieto señalan que las ideas de interdependencia, conflicto y poder son esenciales para entender las temporalidades

sociales. El conflicto surge cuando el aumento de las interdependencias trastoca la distribución de los tiempos. Ello fue una característica del mundo moderno.

En la ficción cinematográfica, podemos citar “Tiempos Modernos” (1936), de Charles Chaplin, como un ejemplo de lo que fue la llegada a la vida moderna de las generaciones todavía educadas en la premodernidad.

La edad moderna es el tiempo en la que la jornada laboral tiene una duración regular consagrada en las leyes. Ello es diferente tanto de la jornada laboral “natural” las sociedades premodernas como de las jornadas indeterminadas e indeterminables de la postmodernidad. La modernidad permite a las personas escapar a la mentalidad fatalista típica de quien vive al día (Martin Criado y Prieto, 2015). Se establece y delimita claramente la diferencia entre tiempo de trabajo y tiempo de ocio, y ello permite a las personas desarrollar proyectos individuales.

La idea central de la modernidad a nivel de psicología de los individuos es la de la capacidad de diseñar un proyecto vital individual que habitualmente implica realizar movilidad social ascendente. Quienes viven el tiempo moderno buscan actuar en el mundo con un propósito y pretenden realizar movilidad social ascendente, superando sus circunstancias sociales de partida.

La temporalidad para el hombre y la mujer moderna ya no viene definida por los ritmos naturales, sino por los turnos de la vida industrial. Por tanto, en la modernidad se impone la racionalización de la jornada laboral, divide en secciones temporales que tienden a ser de duración homogénea. La vida empieza a organizarse en base a un empleo que es externo a las personas.

El tiempo moderno está orientado a objetivos concretos, que son a la vez exteriores a lo natural y seleccionados por individuos en base a sus intereses y deseos. Los “modernos” desean hacer cosas y buscan la manera de determinar por sí mismos su futuro. Por esta razón, tienden a rechazar las concepciones de lo “inevitable” de las personas con una concepción del tiempo “natural”. Esta es la base de la primera ruptura

entre generaciones en España: “hacer lo que hay que hacer” (premodernos) frente a “proyecto individual” (modernos).

El “desarrollismo” en la Europa del sur, en países como España, Portugal, Italia y Grecia, implica que los proyectos individuales pasan a ser dominantes. Ello hace que hijos e hijas de mentalidad moderna entren en conflicto con la concepción “natural” del tiempo que tienen los padres y madres y con la solidaridad mecánica (Durkheim) que daba más importancia a las necesidades de la comunidad. Uno de los clásicos del cine italiano del siglo XX, “Rocco y sus hermanos” (1960), dirigida por Luchino Visconti trata precisamente de la trayectoria de desintegración de la familia de solidaridad mecánica, procedente del sur de Italia, debido a la integración en una ciudad moderna (Milán) donde cada hermano debe elaborar su proyecto de vida personalizado. El “desarrollismo” promete la prosperidad económica, pero amenaza con romper los vínculos comunitarios. Nos tienta con la idea de realización personal, pero a la vez nos distancia de nuestros familiares y amigos.

La modernidad ofrece horarios y jornadas laborales previsible. Sin embargo, la pandemia de COVID-19 ha roto con esos horarios organizados. Primero con el confinamiento obligatorio en España entre marzo y junio de 2020 y a continuación con toda una serie de cambios en nuestro día a día.

El teletrabajo supone una ruptura sociológica radical con la idea típicamente moderna de “jornada laboral”, que pasa a ser difusa por la eliminación de los límites entre trabajo y vida personal. El COVID-19, para las generaciones intermedias que se han formado en el tiempo moderno, es sinónimo de desorden y desbordamiento. La reducción de los desplazamientos entre la casa y el lugar de trabajo permite estar más tiempo en nuestro hogar, pero ello no significa necesariamente una mejor conciliación entre la vida laboral y la personal, sino jornadas de trabajo interminables.

Quienes han sido socializados en la modernidad tienden a concebir el mundo como un conjunto ordenado de instituciones y tareas que se suceden temporalmente de acuerdo con ritmos previsible.

Los acontecimientos que suponen una ruptura con esos ritmos previsible son especialmente problemáticos para los modernos.

Entre las producciones culturales características de la época moderna, se puede mencionar aquellas series de televisión episódicas de las décadas de 1970-80 (“El increíble hulk”, “El equipo A”, “El coche fantástico”, “McGyver”) en la que un hombre o varios se trasladaban de pueblo en pueblo, buscando conflictos, “casos”, que resolver. Una vez resuelto el conflicto, el protagonista se trasladaba a otro lugar. La historia de cada capítulo se resuelve en una hora y es independiente de la historia del capítulo anterior. Se trata de un esquema argumental típicamente moderno. La consecución de objetivos y la resolución de conflictos por parte de individuos autónomos con objetivos propios es por tanto la idea característica del tiempo moderno.

A ello es necesario añadir la relación entre aumento de los niveles de estudios, desarrollo de proyectos individuales y movilidad social ascendente. En España, las personas que viven el tiempo moderno son las primeras cohortes que han tenido la posibilidad de realizar movilidad social ascendente, a través del acceso a niveles educativos superiores a los de sus progenitores, lo que les permite optar a posiciones de profesional cualificado.

Sin embargo, los “modernos” en España han vivido ya dos crisis económicas: la gran depresión iniciada en 2008, y actualmente experimentan la ruptura provocada por el COVID-19. Ambas crisis han constituido un golpe mortal al ideal de movilidad social ascendente típico de la modernidad.

A los cambios en el trabajo que ha provocado la pandemia desde marzo de 2020, les precedieron los cambios en las formas de trabajo que provoca la irrupción de la posmodernidad en el mercado laboral. Estos cambios, que tienen raíces tanto políticas como sociales, parecen haber puesto definitivamente en cuestión la idea moderna de proyecto individual y dan origen a la idea de “jornada laboral interminable” característica del tiempo postmoderno, que analizaremos a continuación.

#### 4. TIEMPO POSTMODERNO

A finales de la década de 1980 y principios de la de 1990 se producen cambios políticos y sociales importantes que impactan fuertemente la vivencia de las generaciones. Es posible hablar de 1989-1990 como el año del “fin de la modernidad”, por los particulares cambios políticos y sociales que se producen ese año, cuyas consecuencias todavía estamos viviendo más de 30 años después.

En primer lugar, es necesario tratar los cambios políticos. En 1989 cae el muro de Berlín y se inicia la disolución del bloque comunista. El capitalismo pasa a ser el único sistema económico posible para la mayor parte de la humanidad. Autores como Francis Fukuyama hablan incluso del “El fin de la historia” (Fukuyama, 1989). Sin embargo, más que del fin de la historia, de lo que se trata es de una diversificación e individualización de las historias, que resulta en un mundo cada vez más impredecible.

En el mundo occidental se certifica el triunfo del neoliberalismo económico, que para las personas individuales implica en primer lugar el declive paulatino de la idea del “Estado de bienestar”, que había sido predominante en los años posteriores a la Segunda Guerra Mundial. Se produce también el fin de la idea, típicamente moderna, de trabajo “para toda la vida”. La temporalidad en el trabajo será a partir de entonces la norma y no la excepción.

El fin de la modernidad es también el fin de la familia nuclear moderna. Se impone la sucesión de relaciones, aumenta la libertad sexual y decae la idea, típicamente moderna, del “amor para toda la vida”.

A nivel laboral, la postmoderna es la primera generación para la que cambiar de trabajo constantemente es a la vez posible e inevitable. Se impone la creencia de que la vida es más rápida de lo que solía ser (Wacjman, 2017). Como consecuencia, en las trayectorias individuales se tiende a la indeterminación.

Internet es el marco tecnológico que hace posible la postmodernidad. Sin embargo, las tecnologías que debían hacer la vida más cómoda la están

haciendo más rápida y nos mantienen cada vez más ocupados. Se impone una sucesión de trabajos temporales muy diversos marcados por la idea de la necesidad de la “satisfacción del cliente”. La “satisfacción del cliente” implica ampliar los horarios de trabajo, llevando a que los tiempos de producción, venta y consumo no tengan límites. Los comercios tienden a expandir sus horarios cada vez más para captar más clientes (Martín Criado y Prieto, 2015).

El trabajo en el mundo postmoderno se diferencia tanto de las tareas agrarias y ganaderas de la era premoderna, que estaban sometidas a los ritmos naturales del día y de las estaciones, como a los trabajos modernos, con sus horarios fijos y la idea de carrera profesional progresiva. El trabajo en la era postmoderna está marcado por la necesidad de cambio constante, lo que Bauman ha llamado “modernidad líquida” (Bauman, 2000). Las condiciones en las que se trabaja en la sociedad postmoderna rompen la estabilidad biográfica y provocan que para los asalariados sea imposible planificar el futuro. Se ha señalado que uno de los males de nuestra época es que cada vez más personas trabajan en exceso, mientras que los trabajadores precarios y los desempleados tienen menos trabajo del que necesitarían y querrían (Martín Criado y Prieto, 2015).

La socióloga Judy Wacjman han apuntado que, a pesar de la promesa posmoderna de incrementar el tiempo libre, este tiempo libre está desigualmente distribuido (Wacjman, 2017). En la posmodernidad, quienes son ricos en dinero, pero pobres en tiempo, pueden usar sus recursos económicos para comprar tiempo. La desigualdad en el acceso al tiempo libre, por tanto, es un nuevo factor de la desigualdad, que aparece con la posmodernidad.

Los empleos postmodernos se han definido como trabajos de la “gig economy” (economía de gira), donde lo más importante es estar disponible todo el tiempo y cambiar constantemente de tarea. La postmodernidad está incrementando la tensión entre los tiempos del trabajo y los de la vida personal. Las diferencias de recursos y de poder pasan a crear unas “jerarquías de la temporalidad”.

David Graeber, por su parte, describe los “Trabajos de mierda” (Graeber, 2019), que se justifican tan solo por la necesidad de emplear a gente, sin que la tarea esté realmente justificada o la persona en cuestión tenga un interés o implicación en ella. Estos puestos de trabajo aumentan en número en la postmodernidad, debido a que una temporalidad definida por la velocidad sin orden ni proyecto parece especialmente apta para generar personas dispuestas a trabajar en empleos sin sentido.

De las problemáticas sociales generadas por los diferentes usos de la temporalidad, se ha ocupado la documentalista Cosima Dannoritzer en su largometraje “Ladrones de tiempo” (2017). En el documental, la directora muestra como colectivos tan variados como los trabajadores de mataderos en Estados Unidos, los empleados de oficina en Japón o un trabajador de una fábrica en Francia se enfrentan a la falta de tiempo. La problemática de las personas en materia de coordinación de las necesidades temporales nunca fue tan grave como en la actualidad.

Richard Sennet (Sennet, 2000) había escrito acerca de la “corrosión del carácter” como consecuencia personal distintiva del trabajo postmoderno. El tiempo postmoderno, con su rapidez e inarticulación, impide mantener una narrativa coherente de la propia vida. Los trabajadores cualificados, pero con empleos precarios, entrevistados por Sennet afirman que la clave del éxito laboral en este capitalismo postmoderno es “que nada se te pegue”. Es decir, que nada “dure” demasiado porque el pensar y planear a largo plazo, que era tanto un rasgo característico cómo connotado positivamente de la modernidad, se considera en la postmodernidad como algo negativo. La pérdida de la capacidad de pensar a largo plazo puede considerarse como un hándicap propio del tiempo postmoderno. Puede ser visto como positivo entre los jóvenes, pero a menudo es rechazado por los mayores.

Las diferencias entre países derivan también en impactos diferenciados de la postmodernidad. En España, la postmodernidad llega después de solamente pocas décadas de modernidad. Por ello, el “hombre moderno” y la “mujer moderna” representan una especie minoritaria en este país.

Los y las nacidas a partir de 1990 han crecido ya en un mundo postmoderno, que cuestiona las metanarrativas de la modernidad.

El tiempo postmoderno se rige por los ritmos impuestos por las nuevas tecnologías. La World Wide Web se consolida como una herramienta básica. La “multitarea” es la forma habitual de trabajar cuando es necesario cambiar de proyecto a menudo. El cambio rápido es lo característico del tiempo postmoderno, y por ello quien no puede cambiar rápidamente queda rezagado.

Culturalmente, el tiempo postmoderno se caracteriza por la multiplicidad, la indeterminación y la dispersión. Si la forma cultural característica de la modernidad era la historia por entregas, la forma cultural típicamente postmoderna es la saga interminable. En la que puede considerarse la primera serie de televisión postmoderna, “Lost” (2004-2010), un grupo de personas se encuentran en una isla tras un accidente de avión y allí viven extrañas experiencias. Se trata de una historia donde no hay héroes individuales, no existen “casos” a resolver, y llena de “flashbacks” y “flashforwards”. El tiempo postmoderno es un tiempo desarticulado y discontinuo, marcado por la indeterminación. La indeterminación del tiempo postmoderno genera problemas sociales y psicológicos que no tienen precedentes en la historia de España.

A todo ello hay que añadir los efectos de la pandemia, que para los jóvenes está vinculada al confinamiento y a sus consecuencias sociales y psicológicas. El confinamiento supone, para los jóvenes, un parón en seco en las vidas aceleradas que habían llevado hasta marzo de 2020.

La principal consecuencia social, especialmente visible, de este parón ha sido el incremento de problemas de salud mental, depresiones y ansiedad entre los adolescentes y jóvenes (*El País*, 21 de marzo de 2021). Para ir más allá de lo psicológico y entrar en lo social, el incremento de los problemas de salud mental entre los jóvenes nos hablan de un “malestar en la cultura” freudiano (Freud, 1990) por el cual una generación habituada a hacerlo todo a gran velocidad se ha visto obligada a frenar la marcha sin previo aviso.

La velocidad es una de las características definitorias de la experiencia postmoderna. Los jóvenes españoles menores de 30 años han visto antes de la pandemia sucederse sus episodios de vida con una rapidez que entra en conflicto tanto con la parsimonia y la inevitabilidad del tiempo “natural”, como con la regularidad y predictibilidad del tiempo moderno. Todo ello agrava el conflicto generacional con sus padres (modernos) y con sus abuelos (premodernos).

La experiencia de la posmodernidad en España está marcada por ritmos que no pueden entender ni los más mayores, que conciben la vida como una natural sucesión de ciclos, ni la generación intermedia, que fue socializada en ritmos estables y predecibles. Se crea de esta forma un conflicto generacional importante que además tiene características muy diferentes a las de la brecha generacional en Francia, Reino Unido o Alemania. A continuación, se reflexiona sobre las características del conflicto generacional en España y se hacen algunas propuestas políticas para salvar la brecha generacional.

## **5. CONCLUSIONES: PANDEMIA Y BRECHA GENERACIONAL EN ESPAÑA**

Tal y como sucede en otros países occidentales, siendo Estados Unidos y Reino Unido los ejemplos de donde tenemos más referencias tanto sociológicas como las ofrecidas por la cultura general, la convivencia de personas socializadas en diferentes temporalidades ha generado hasta ahora conflictos sociales y políticos importantes. Estos se pueden resumir en la oposición entre aquellos que desean volver a un pasado “estable” y quienes quieren vivir en un futuro “diverso”. Empezamos este apartado examinando las características del conflicto generacional más reciente en Estados Unidos y el Reino Unido.

Yascha Mounk (Mounk, 2018) sostiene que buena parte de los votantes de Donald Trump en las elecciones en Estados Unidos de 2016 eran personas que habían tenido empleos de “cuello azul” relativamente prósperos en la década de 1960-70

pero los habían perdido al cerrarse las fábricas de sus localidades de residencia y trasladarse las industrias a países con salarios más bajos. Estas personas encarnan las “contradicciones culturales de la modernidad” de las que hablaba Daniel Bell (Bell, 1991), ya que añoran la estabilidad vital que ofrecían empleos en la industria, por otra parte, monótonos, que sin embargo ofrecían una remuneración aceptable, el llamado “salario familiar”, y que creaban carreras laborales predecibles. La victoria de Donald Trump en 2016 fue atribuida a este conflicto entre quienes añoran el tiempo moderno, organizado y predecible, y aquellos, fundamentalmente los moradores urbanos de las dos costas, que viven y aceptan la rapidez e indeterminación postmoderna.

En el Reino Unido, se crea una divisoria similar con motivo del referéndum del “Brexit” del 23 de junio de 2016. La salida de la Unión Europea fue votada principalmente por el electorado de mayor edad, y residente en las zonas rurales antiguamente acomodadas. Mientras tanto, la permanencia en el proyecto europeo fue apoyada, en primer lugar, por una mayoría de los residentes en Londres, la indiscutible ciudad global. Por otro lado, también se produjo un fuerte apoyo a la permanencia en regiones con una fuerte identidad propia y proyectos políticos a largo plazo, como Escocia. Nuevamente vemos la dialéctica entre modernidad y postmodernidad.

Reino Unido y Estados Unidos son importantes a nivel sociológico porque representan los dos países que han precedido los caminos del futuro de la humanidad en los últimos dos siglos. Es por ello por lo que los cambios producidos en estos países y sus conflictos en torno a la modernidad y la postmodernidad pueden tomarse como referencia para el presente y el futuro de países como España. Sin embargo, la situación en España añade a los conflictos ya señalados anterior un factor adicional de complejidad, el hecho que las generaciones de mayor edad se socializaron y vivieron también en la premodernidad.

A la oposición campo-ciudad, en España se le añade la ruptura entre tiempo “natural”, tiempo moderno

y tiempo postmoderno. Tres temporalidades conviven en España, pero su coexistencia genera conflictos sociales importantes. Es por ello que resulta sociológicamente interesante analizar la relación entre generaciones y examinar hasta que punto se produce una brecha generacional.

La brecha generacional en España se puede explicar cómo el conflicto entre tres grupos de edad cuyas percepciones del tiempo no sólo son diferentes sino socialmente incompatibles: 1) Quienes viven en el tiempo “natural”, de ciclos largos, inevitables y circularidad, 2) Quienes viven el tiempo “moderno”, de ciclos regulares con temporalidad rígida sometida a segmentación por motivos laborales y gestionada a través de medios técnicos y 3) Quienes viven el tiempo posmoderno, marcado por la indeterminación, la multitarea y la dispersión. Esta brecha generacional ya existía antes de la pandemia, pero se ha visto ampliada por el impacto diferencial que ha tenido el virus en ancianos, adultos y jóvenes.

Los mayores en España han vivido el “shock” de ver las tres temporalidades sucederse en menos de un siglo. España, al igual que países como Italia y Japón, inició el siglo XX con una sociedad premoderna. Las similitudes entre estos tres países son patentes si examinamos las producciones culturales que han reflejado estos cambios sociales. Podemos encontrar una cierta continuidad entre el cine del neorrealismo italiano, el cine social español del tardofranquismo y los clásicos del cine japonés como “Cuentos de Tokyo”. En los tres países se plasman historias de padres y madres socializados en el mundo premoderno que van a visitar a sus hijos en la ciudad y sufren las contradicciones entre las diferentes formas de entender las temporalidades. La introducción de las generaciones más jóvenes, ya nacidas en la postmodernidad, hace aún más complejo el cuadro. Internet, que existe desde hace medio siglo, pero solo se populariza a mediados de la década de 1990, ha implicado una aceleración muy notable de los tiempos de vida y de trabajo. Las generaciones nacidas a partir de entonces han experimentado la velocidad extrema y la simultaneidad como normales desde muy jóvenes.

El resultado es una brecha generacional creciente. Por un lado, las generaciones más mayores tienen dificultades para aceptar el ritmo de vida veloz del siglo XXI. Estas personas buscan “cerrar el círculo”, de la temporalidad que tienen naturalizada, sin tener en cuenta que ya ello ya no es posible ya que las generaciones intermedias y las más jóvenes rechazan, aunque por motivos y de formas distintas, los imperativos de la naturaleza. La pandemia actuaría aquí como un imperativo adicional de la naturaleza, ya que ha obligado a los mayores a recluirse alejados de los adultos y los jóvenes, intensificando su concepción “natural” del tiempo. Por otra parte, la pandemia agrava el impacto de la crisis del capitalismo que se inicia en 2008 y que afectó a los países del sur de Europa más que a los de la Europa central y del norte. En un país relativamente pobre de Europa del sur, como España, la crisis económica de 2008 y la crisis actual iniciada por la pandemia de coronavirus han dañado la solidaridad intergeneracional, haciendo que los abuelos deban apoyar económicamente la forma de vida de hijos y nietos, algo que ha sido agravado por la subsidiariedad y el familismo del modelo de política social del sur de Europa. Los abuelos han acabado sosteniendo económicamente unas de formas de vida que a menudo no entienden o no comparten. Y todo ello con los recursos económicos aportados por unas pensiones públicas que no están aumentando como sería necesario, como atestiguan los movimientos de pensionistas por unas pensiones dignas iniciados en el País Vasco.

Las movilizaciones en defensa de las pensiones públicas que se han producido en varias ciudades españolas, en especial en las del País Vasco, desde 2017, nacen de esa brecha generacional. No parece casual que en una región donde el empleo industrial típicamente fordista (metalurgia) y moderno (regulado) ha sido predominante, sea más fuerte el movimiento en defensa de las pensiones públicas, que fue una de las grandes conquistas sociales de la modernidad europea.

Para entender las bases sociales del movimiento por unas pensiones dignas, tenemos que entender que no se vive de la misma manera la vejez en las

regiones del norte y en las del sur de España. En el sur, el empleo de las generaciones de mayor edad fue predominantemente agrario y, por ello mismo, sometido a ritmos “naturales”, es decir, a resignación de que “las cosas son como son”. En ese contexto, parece más difícil luchar contra lo inevitable. En entornos desregulados donde lo que ocurre es lo “natural” es más difícil crear movilizaciones amplias para defender derechos laborales.

En el norte de España, en cambio, el empleo industrial de tipo fordista generó una solidaridad grupal que está contribuyendo a alimentar la lucha por unas pensiones dignas. Se trata de jubilados “modernos” luchando contra las consecuencias perversas de la posmodernidad.

En el extremo opuesto de la pirámide de edades tenemos la problemática de las generaciones más jóvenes. Para los padres y las mas madres más jóvenes, el mundo del trabajo se ha convertido en una carrera constante por hacer cada vez más cosas y más rápido, lo que dificulta dedicar a hijos e hijas pequeños la atención necesaria. Por una parte, en España las jornadas laborales son interminables, ya que se empieza tarde, se para a media jornada para comer durante mucho más tiempo que en ningún otro país de Europa, y se sale del trabajo mucho más tarde, lo que significa que se cena a horas muy tardías.

En un país donde la escolarización en las edades de 0 a 3 está escasamente cuidada por las administraciones públicas, las plazas de escuela infantil son escasas. El cuidado de los niños y niñas pequeñas, por tanto, recae con frecuencia en los abuelos. Esto es un contraste notable con los horarios de los países del centro y del norte de Europa, donde se empieza antes a trabajar en comparación a España, se para solo media hora para comer, y se termina la jornada laboral entre las 6 y las 7 de la tarde, lo que permite dedicar el resto de la jornada tanto a la participación cívica que construye ciudadanía como a la vida familiar. Para atajar la problemática típicamente española con los horarios, han surgido organismos como ARHOE-Comisión Nacional para la Racionalización de los Horarios Españoles. Creado en 2003, ARHOE

(<https://horariosenespana.com/>) busca promover una modificación de los horarios que permita conciliar vida profesional y vida familiar. Otros objetivos de esta organización son mejorar el rendimiento escolar, disminuir la siniestralidad vial y facilitar la globalización. Una organización como ARHOE pone de manifiesto que nuestros horarios, más allá de ser una forma de vida, son también un escenario de disputas sociales y políticas.

Racionalizar los horarios en España permitiría reducir la brecha generacional, que actualmente parece conducirnos irremediablemente a una ruptura del contrato social, al ser cada vez más insostenible la divergencia entre las temporalidades de las generaciones. La pandemia ha provocado que sea aún más evidente la insostenibilidad del modelo temporal español, ya que en muchos casos los abuelos no hayan podido cuidar a los nietos durante los meses de confinamiento. Los cambios sociales acaecidos a raíz de la pandemia proporcionan una oportunidad para poner la cuestión generacional en el debate público.

Recientemente, la escritora Ana Iris Simón ha sido noticia por un discurso que pronunció en un acto en favor de la repoblación, “Pueblos con futuro”, celebrado el pasado mes de marzo. Simón, autora de la novela “Feria”, plantea una situación peculiar, una nostalgia de la comunidad tradicional (premoderna) destruida por el mundo postmoderno. Como muchos jóvenes españoles, considera que sus padres vivían “mejor” a su edad. En realidad, “vivir mejor” se entiende aquí como que sus progenitores tenían una vida más ordenada, trabajo estable y por tanto un futuro predecible. Es decir, una vida que seguía el patrón de una temporalidad moderna. Es tan solo la rápida evolución de España en el último siglo, que hemos comentado al inicio de este texto y que es notablemente diferente a lo que sucede en los países del centro y del norte de Europa, lo que hace que en esa “nostalgia” se mezclen elementos modernos con elementos premodernos. Para esta escritora, el futuro no puede pasar por abandonar lo comunitario. La pandemia, con el aislamiento obligatorio, ha incrementado la nostalgia por la comunidad.

En un artículo reciente en “CTXT”, el sociólogo José Saturnino Martínez García, haciendo referencia al discurso de Ana Iris Simón, plantea que existe un punto de convergencia entre posmodernidad y neoliberalismo; la glorificación del individualismo radical. Martínez García señala que nuestras raíces, por mucho que se pueda desear romper con ellas, son determinantes en la configuración de nuestra identidad. Además, el sueño posmoderno de sublimar el deseo individual resulta en la opresión de quienes más tienen sobre quienes menos tienen. La temporalidad postmoderna es en sí misma un elemento que incrementa las desigualdades sociales. Martínez García señala la necesidad de hacer posible la transformación colectiva, superando tanto el peso de la comunidad tradicional como el individualismo posmoderno. Este autor considera que el discurso de Ana Iris Simón idealiza la comunidad, si bien es necesario no olvidar que la comunidad es necesaria para superar aquello que Sennett llamaba la “corrosión del carácter”, propia del capitalismo neoliberal.

En la superación de la “corrosión del carácter” en el capitalismo contemporáneo, el debate sobre la gestión de los tiempos es central, puesto que la única forma de superar la incompatibilidad de trabajo y vida personal pasa por reformular el contrato social entre las tres temporalidades. A continuación, paso a detallar algunas sugerencias de acción social y política como conclusiones a este texto.

Una primera propuesta para reformar las temporalidades en España es armonizar horarios con la mayoría de los países de Europa. No parece de recibo que, mientras muchas personas paran dos o incluso tres horas para comer, a las 8:30-9 PM muchos y muchas estén todavía en la oficina. Racionalizar los horarios es necesario para conseguir crear en España la participación cívica y el respeto a la vida familiar que ya tienen otros países de Europa.

Para ello, es necesario desincentivar los periodos de descanso o interrupción de más de una hora en mitad de jornada. Solamente con un descanso más breve en las horas centrales podemos avanzar los turnos de tarde y asegurar que la jornada laboral acabe a una hora prudente.

Es necesario señalar que esta medida va justamente en la dirección opuesta a la tendencia actual, exacerbada por la pandemia, de extender la jornada laboral indefinidamente a través de las nuevas tecnologías. Cabe aquí una defensa “moderna” de la separación entre los tiempos de trabajo y de ocio frente a la indefinición posmoderna y también frente a la inevitabilidad premoderna. Poder separar los tiempos es clave para lo que podríamos llamar soberanía de la persona frente al sistema. Si pretendemos que lo más importante sea la agencia de las personas y la mejora de la vida de la comunidad, los horarios interminables son algo a desterrar.

El problema de los horarios se ha hecho, además, más acuciante desde el inicio de la pandemia. Al reducirse el número de desplazamientos de casa al trabajo, muchas personas han visto extenderse sus jornadas laborales hasta el infinito.

Una segunda propuesta social y política, cuya necesidad también ha sido puesta de manifiesto por el confinamiento, tiene que ver con controlar el tiempo dedicado a internet entre los niños y niñas. Numerosos estudios certifican que los menores pasan un exceso de horas utilizando pantallas y que ello está generando problemas de desarrollo psicológico y en su aprendizaje. Es necesario volver a las actividades al aire libre y sin pantallas para acercar las generaciones.

Respecto a las pensiones, los poderes públicos deben asegurar el mantenimiento de su poder adquisitivo. No es aceptable que al mismo tiempo que el cuidado de muchos niños y niñas recae en los abuelos, éstos pierdan nivel de vida por sus bajas pensiones. Blindar las pensiones debería ser un objetivo social de primer orden en un país envejecido.

En conclusión, la ralentización provocada por la pandemia podría ser aprovechado para la consolidación de un nuevo contrato generacional en España, uno que, por fin armonice las temporalidades de grupos de edad que desarrollaron su socialización primaria en condiciones muy diferentes entre sí.

## BIBLIOGRAFÍA

- Álvarez Junco, J. (2001) *Mater dolorosa. La idea de España en el siglo XIX*, Alianza Editorial: Madrid
- Amnistía Internacional España (2020) “Abandonadas a su suerte. La desprotección y discriminación de las personas mayores en residencias durante de la pandemia de COVID-19 en España”, amnistía Internacional, Madrid
- Bauman, Z (2000) *Liquid Modernity*, Polity Press: Cambridge
- Connolly, J. (2019) “General conflict and the sociology of generations: Mannheim and Elias reconsidered”, *Theory, culture and society*, Vol 36 (7-8): 153-172
- Durkheim, E. (1987) *La división del trabajo social*, Akal, Madrid
- El País* (2013) “Que se den prisa y se mueran”, 22 de enero de 2013
- Graeber, D. (2018) *Trabajos de mierda*, Ariel: Barcelona
- Martin Criado, E. & Prieto, C. (2015) “Introducción”, *Conflictos por el tiempo*, CIS: Madrid
- Martinez García, J. S. (2021) “Deseo y libertad, o el abrazo entre posmodernidad y neoliberalismo”, *CTXT*
- Mingione, E. (1994) *Sociedades fragmentadas, Ministerio de trabajo y seguridad social: Madrid*
- Mounk, Y. (2018) *El pueblo contra la democracia*, Cátedra: Madrid
- Nagovitch, P. (2021) “Los trastornos mentales en niños y adolescentes se triplican con la pandemia”, *El País*, 14 de diciembre de 2021
- Rosa, H. (2015) *Social acceleration: a new theory of modernity*, Columbia University Press: New York
- Sennett, R. (2000) *La corrosión del carácter*, Anagrama: Madrid
- Solé, C. (2000) *Modernidad: un análisis sociológico*, Anthropos: Barcelona
- Wajcman, J. (2015) *Pressed for time: the acceleration of life in digital capitalism*, Chicago University Press: Chicago